

MIGUEL DE UNAMUNO:
SENTIMIENTO TRAGICO, CONCIENCIA LIBRE

“Vencer no es convencer” fueron las últimas palabras públicas pronunciadas el Día de la Raza, 12 de octubre de 1936, en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, por el rector Miguel de Unamuno (*El resentimiento trágico de la vida* 35, 41). Frente al despotismo arrogante del general Millán Astray, su protesta se puede contemplar como la cumbre de la defensa valiente de la libertad de conciencia frente a la tragedia fratricida de su patria y su vida.¹

¿Qué quiso decir Unamuno? Una sucesión de escritos desde sus años juveniles hasta su muerte en su “cárcel desdichosa” (*Cancionero* 1754)² nos ofrece la clave a lo que Unamuno mismo pronunció ese día en plena guerra “incivil” española (*Epistolario inédito* 351).³ Al lado de sus palabras, buscamos al “hombre de carne y hueso” (*Sentimiento trágico* 3; cap. I). En nuestra investigación de las reflexiones de Unamuno sobre la vida y la verdad, la religión y la ideología, la conciencia y la autoridad, la tragedia y la libertad, perseguimos esa inteligencia viva e inquisidora con la cual escribió, discutió y actuó. Por tanto, justamente podemos aplicar su propio pensar literario y filosófico, a través de una vida de escritos y discursos, a sus actuaciones personales en libertad de conciencia frente a tantas tragedias vividas. Sus múltiples testimonios en defensa de la libertad de pensamiento y expresión se basan en un profundo sentimiento trágico hecho conciencia libre, visto en sus libros, poesías y cartas.

Nos interesa analizar el concepto de conciencia como aceptación libre de una decisión personal frente a lo trágico, más que el contenido mismo de la misma. Por tanto, sus ideas políticas o religiosas se consideran desde un punto de vista de la conciencia

personal. Entonces, no nos fijamos tanto en la fe cristiana de Unamuno cuando escribió *El Cristo de Velásquez* (1914) sino más bien en el hecho de que lo leyó en el Ateneo de Madrid de connotada fama laica (Little 25-26; Salcedo 193). De la misma manera, nuestra atención se dirige a cómo Unamuno en conciencia vio, juzgó y actuó en momentos cruciales frente a las autoridades religiosas y políticas de su tiempo y no en cómo tales autoridades vieron a Unamuno.

Aquí queremos aplicar a Unamuno su propia teoría sobre la presencia de ideas tanto en el escritor como en el lector de sus obras y vida, como él hizo con el Don Quijote de Cervantes. Por tanto, no solamente podemos leer los textos de Unamuno en el contexto en el cual fueron escritos o dichos y tal cual él los entendió, sino también darles vida en nuestro tiempo y como nosotros los entendemos. Tal como quiso Unamuno “resucitar” a don Quijote, nosotros queremos revivir a Miguel de Unamuno (*El sepulcro de Don Quijote* 3). Por tanto, la justificación para estas reflexiones es el investigar si las convicciones de Unamuno en su palabra y testimonio conllevan para el lector de hoy en día una teoría coherente sobre la libertad de conciencia frente a las angustias de la vida personal, social y académica. Y, desde allí, queremos deducir unas ideas posiblemente válidas para todo ser humano, independiente de sus ideas políticas o religiosas. Buscamos al hombre trágico de conciencia, quien pudo decir al final de la vida, “Primero me echó el Rey, luego Primo de Rivera, más tarde los rojos y ahora los azules. No obstante, yo seguiré diciendo lo que creo que es justo” (Pascual Mezquita 412).⁴

Estas reflexiones son tanto literarias como filosóficas, basadas en su idea de conciencia en *Mi religión*, a la vez abiertas al método histórico en los acontecimientos de *Paz en la guerra y Recuerdos de niñez y mocedad*; el drama personal en el *Diario Intimo*

y *Cómo se hace una novela*; con la tragedia existencial en *La agonía del cristianismo* y *San Manuel Bueno, mártir*.

Sigamos un orden cronológico en sus palabras. En *Paz en la guerra* (1897), Unamuno ve como se quiere identificar la religión católica con el lado carlista en una guerra civil para el poder (*Spain* 158). Podemos imaginar al niño de diez años mirando una bomba caer cerca de la casa de un vecino en “mi Bilbao” (*Recuerdos* 72). Esta primera novela tiene su importancia desde varias perspectivas (Gutiérrez 141-44). Unamuno se mueve de personajes totalmente definidos en un mundo común a considerar esos mismos caracteres como individuos, “hombres de carne y hueso” (*Sentimiento trágico* 3; cap. I). La vida tan aburrida de Pedro Antonio, fabricante de chocolates, llega a ser la tragedia de un padre con un hijo perdido en la guerra (*Paz en la guerra* 259). La monotonía del quehacer diario en una ciudad anónima se hace personal a través del acontecimiento más trágico de todos, la muerte.

Sin embargo, lo más triste para la teoría de Unamuno sobre la conciencia es que esa matanza tiene lugar en el nombre de la cristiandad y el Príncipe de la paz. El rol del cura del pueblo en apoyar el lado carlista como el lado católico y en interesarse sólo en su propia grey creyente destaca el papel inherente de una religión oficial como determinante sociológico de las creencias y del grupo en boga (101- 07). Todo lo cual ve Unamuno como contrario a la aceptación libre y consciente de una fe, la que sea.

En la segunda guerra carlista (1873-76), la adherencia personal a un credo se identifica a la aceptación sociológica de un determinado grupo. El asenso en conciencia ha sido forzado por la violencia de la guerra. La religión, como asunto de salvación del alma individual, se transforma en tema de pertenencia al grupo correcto. El cura, en este

caso, siente que él tiene el derecho de fijar la ortodoxia cristiana además de añadir exigencias violentas para los fieles, reduciendo, según él, la salvación a los seguidores de su autoridad. Su deseo de sólo ministrar a quienes aceptan sus mandatos limita aún más el concepto de la salvación universal de Cristo. Posiblemente, el rechazo del adolescente Unamuno a esa bomba fratricida, disfrazada de cristiana, haya sido semilla de su futuro desencanto con una religión vista como manipulada al servicio del poder o de prestigios personales y partidistas.

A veces, el diario íntimo de una persona revela un lado oscuro de alguien famoso, causando sorpresa y hasta escándalo. En el caso de Unamuno, una lectura de su *Diario Intimo* no revela ningún detalle sorprendente del escritor o del rector. Mas aún, en este caso, hay una tragedia cara a cara, corazón a corazón, para Unamuno. Su hijo pequeño, Raimundín, “que no hace más que reírse” (*Diario* 70), muere. ¿De qué echar mano, la ciencia, la razón, la fe? Por eso, este tema central de su crisis religioso agónico de 1897 demostrará la sinceridad de su búsqueda de la fe de su “niñez y mocedad” a la vez que su libertad de conciencia en no aceptarla.

Antes, don Miguel se había hecho partidario de la filosofía positivista, escribiendo, “Buscad el reino de la ciencia y todo se te dará en añadidura” (Zubizarreta 17). En 1896 había nacido este tercer hijo quien se enfermó de meningitis aguda y parálisis parcial. Unamuno mismo cayó al mismo borde de una parálisis, preocupado sobre el estado de su corazón, estando en una profunda depresión, hasta que una noche en marzo, cuando su esposa se despertó y le gritó “desde el fondo de sus entrañas maternales, sobrehumanas, divinas, arrojándose en mis brazos: ‘hijo mío’” (*Como se hace una novela* 19). Estas palabras llevan a Unamuno a un sentimiento de su filial

“adopción” ante Dios Padre, dándole un momento paradigmático al cual puede unir muchos conceptos tradicionales del cristianismo. El *Diario Intimo* que guardó Unamuno durante el desarrollo de la crisis regresa una y otra vez a la profunda meditación sobre las palabras “Padre Nuestro”:

¡Papá! Me llama mi hijo, y si le respondo: ¿qué? Lo siente, quiere que le diga: querido! Y se arrima a mí, se aprieta contra mí y allí se queda, gozándose en sentir mi arrimo y mi contacto, en tenerme junto a él y volviendo de cuando en cuando sus ojos a los míos para ver que le miro con cariño. Así con nuestro Padre no le pedimos favores de material progreso, ni riquezas, ni salud, ni placeres, ni honores, sino su arrimo y su calor, que nos mire espiritualmente, que nos sintamos bajo su santa providencia. (*Diario Intimo* 50-51)

El primer impulso de Unamuno fue de regresar a la fuerza a la “vieja fe” de su niñez (90). El padre Lecanda, sacerdote amigo de su juventud, aconsejó a Unamuno que evitara la soledad, invitándolo a Alcalá de Henares para la Semana Santa. En Alcalá, Unamuno leyó libros devotos y los evangelios, se criticó por su soberbia y racionalismo, meditó en Cristo y su “oculta fe en la Virgen Maria” (28).

El tono inicial del *Diario* sugiere, hasta cierto punto, que es casi la historia de un intelectual convertido—algo como la *Apología* del cardenal Newman o las *Confesiones* de San Agustín. Unamuno, como el hijo prodigo del evangelio, es quien ha abandonado el lenguaje, la moral y la liturgia de la Iglesia de su sangre y patria, para seguir los intereses intelectuales de este mundo, y ahora regresa a su hogar de siempre. Las primeras páginas tienen frecuentes intentos de expresar en términos conocidos, piadosos y ortodoxos, el significado de la exclamación maternal de su esposa.

Pero su esfuerzo humilde y sincero de lograr su salvación dentro de la estructura institucional de la Iglesia católica en la España de entonces no tuvo éxito. Así, no pudo

cumplir con los deberes de la confesión y comunión anuales de la Pascua. Cumplir sin creer “sería un sacrilegio” (61).

Su crisis agónica lo llevó al reconocimiento que para ser auténticamente humano significa vivir en la presencia de la muerte, siendo la mortalidad es la raíz de nuestra condición. Este tema de la muerte va a estar presente en toda su obra y vida hasta el final. Así, en su último acto público, en la Universidad de Salamanca, denunció al general Millán Astray y su grito “viva la muerte” (Salcedo 472).

En este tema central de la religión, ¿cómo caracterizó Unamuno el rol de la conciencia? ¿De dónde vino tal valentía personal frente a una realidad tan fuerte en el ámbito social a la vez que tan personal en la trayectoria intelectual de Unamuno? “Mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad,” escribe Unamuno en su ensayo *Mi religión* (1907), formulado como respuesta a un lector chileno donde le preguntó de qué religión era (369). Y, si fuéramos a preguntar hoy lo que no era su religión, encontraríamos en su máxima obra filosófica *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* una posible respuesta, “él que basa o cree basar su conducta [. . .] en un dogma o principio teórico que estima incontrovertible, corre riesgo de hacerse un fanático [. . .]” (140; cap. XI).

Por eso, en su ensayo, *Mi religión*, Unamuno afirma su libertad de creer hasta el punto de contradecirse en su propia vida (375). La verdad en la vida significa ante todo sinceridad y el tiempo necesario en buscarla, conjuntamente con el respeto a la búsqueda del otro, aún en las circunstancias más adversas. La vida en la verdad implica la disposición de arriesgar todo: la fama, la carrera y la vida, como de hecho aconteció en la vida de Unamuno. Contra la teoría que la religión es necesaria para la moralidad,

Unamuno da la vuelta al argumento, al estilo de Kant. Si la gente es buena porque hay un cielo o infierno, ¿qué tipo de carácter moral tienen? De allí, la justificación ética de atrocidades inmorales como las “cruzadas” que vio y vivió al inicio y final de su vida (*Cancionero* 1754; Gutiérrez 141).⁵

Al mismo tiempo, Unamuno sí se considera cristiano,

Tengo, sí, con el afecto, con el corazón, con el sentimiento, una fuerte tendencia al cristianismo sin atenerme a dogmas especiales de esta o de aquella confesión cristiana. Considero cristiano a todo el que invoca con respeto y amor el nombre de Cristo, y me repugnan los ortodoxos, sean católicos o protestantes —éstos suelen ser tan intransigentes como aquéllos— que niegan cristianismo a quienes no interpretan el Evangelio como ellos. (*Mi religión* 371)

Esta cita no sólo demuestra la creencia de Unamuno en Cristo y el cristianismo, a su manera, sino enfatiza la naturaleza misteriosa de la religión y el carácter personal de la fe de cada persona. Siendo adhesión a un misterio, la religión nunca se entiende del todo, de tal modo que uno se pueda considerar totalmente ortodoxo o al vecino totalmente heterodoxo. De la misma manera, la naturaleza personal de las creencias de cada uno significa que un cuerpo de doctrina aceptado por un grupo no coincide de por sí con lo que cree un individuo.

Aquí, parece que Unamuno sigue una filosofía de conciencia donde el carácter profundo de la creencia religiosa exige que sea sujeto al examen libre por el ser humano hasta en sus noches más oscuras. Sin embargo, la afirmación y fe rígidas se prestan a la posible prescripción del pensamiento e investigación libres. Dado que la fe religiosa es de por sí misteriosa y no evidente a toda persona, no se puede exigir ni creencia ni conducta basadas en la religión a otra persona. Más aún, cuando los poderes políticos manipulan las creencias religiosas en pos de sus conveniencias partidistas o personales, se propician

los monopolios ideológicos y discriminatorios. Sólo queda un paso a la exclusión o persecución del no-creyente o disidente de sus agendas, como pasó con Unamuno.

En su obra filosófica principal, *El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*, Unamuno ve al filósofo como “un hombre de carne y hueso” (Cap. I). Este énfasis en el individuo en contraste a una ideología establecida es, sin duda, una insistencia existencialista a la primacía del individuo contra un espíritu hegeliano en una entidad social e histórica. Sin embargo, el problema del ser humano y de la religión comienza y termina con el tema trágico de la muerte y la inmortalidad. Mientras no acepta los argumentos tradicionales racionales a favor de la inmortalidad, Unamuno ve como su voluntad siente la necesidad de creer en tal vida, a la vez que su corazón quiere creer en Dios y la inmortalidad. Pero el abismo sigue entre la razón que lucha con el misterio y la voluntad que acepta la respuesta cristiana. Unamuno concluye que su papel de filósofo es ayudar a todos a “vivir inquietos y anhelantes” (169; conclusión). Su insistencia en el carácter personal de la fe religiosa le lleva a rechazar toda etiqueta,

Buscan poder encasillarme y meterme en uno de los cuadrículados en que colocan a los espíritus, diciendo de mí, es luterano, es calvinista, es católico, es ateo, es racionalista, es místico, o cualquier otro de estos motes, cuyo sentido claro desconocen, pero que les dispensa de pensar más. Y yo no quiero dejarme encasillar, porque yo, Miguel de Unamuno, como cualquier otro hombre que aspire a conciencia plena, soy una especie única. "No hay enfermedades, sino enfermos", suelen decir algunos médicos, y yo digo que no hay opiniones, sino opinante. (*Mi religión* 371)

Por tanto, a priori, Unamuno no acepta ninguna ortodoxia de grupo. Se queda en su opinión aislada y solitaria más que en lo que otros consideran verdadero o falso. No está ni “a la derecha ni a la izquierda” (Cano 105) ni “fascista ni bolchevique. ¡Yo estoy solo!” (Kazantzakis 177; Pascual Mezquita 402).⁶ Es individualista en su fe y opinión,

precisamente porque considera toda decisión como individual y no puede estar sujeta a la adhesión de grupo.

En *La agonía del cristianismo* (1925) Unamuno sigue buscando la verdad en la vida como una lucha constante por la fe sobre todo en el misterio de la inmortalidad. La escalera de Jacob es una referencia bíblica, junto a su repetición de la cita evangélica, “Creo, socorre a mi incredulidad” (186). En su vida personal, fue rebelde contra la España de trono y altar, pero rezó cada noche, insistiendo en tener una cruz en el pecho de su busto (Salcedo 346-47). Al salir exiliado a la isla de Fuerteventura por el Directorio Militar, entre los tres breves libros en sus bolsillos está el *Nuevo Testamento* (276). Sin embargo, no encuentra ninguna razón ni para la inmortalidad ni para la existencia de Dios. De igual forma, rechaza aceptar la “fe del carbonero” unida a la expresión de Santa Teresa de Ávila que “Eso no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante; doctores tiene la Santa Madre Iglesia que os sabrán responder” (*Agonía* 226). El siguiente paso, según don Miguel, para la mayor parte de las iglesias cristianas fue el reducir la fe en una persona, Cristo, en dogmas, leyes y autoridades. El cristianismo institucionalizado ha racionalizado una experiencia personal religiosa trágica. El fijar la fe en palabras con la obligación de una sociedad de hacer valer tales creencias puede llegar a excesos de inquisiciones, expulsiones y masacres.

La segunda paradoja de Unamuno es como buscar la vida en la verdad. En *Cómo se hace una novela* (1927), “el más entrañado y dolorido relato que me haya brotado del hondón del alma” (*San Manuel, Prólogo* 150), Unamuno cita a quien le aconseja dedicarse a lo suyo, la poesía. Haciendo referencia a la revolución rusa, Unamuno pregunta cuáles eran más poderosos, los escritos de Marx o las armas de Lenin (*Cómo se*

hace una novela 7). Su propia vida de padre agónico, rector despedido, escritor exiliado, poeta insultado y muerte solitaria demuestran al fin como sentía su deber de vivir de acuerdo con lo que creía. La suprema justicia, para Unamuno, es la libertad de la verdad. Distinguiendo la razón de la verdad, Unamuno encuentra toda razón como social, mientras la verdad es necesariamente personal. Y ¿cuál es el enemigo de esta búsqueda libre de la verdad? Al final, puede ser la presión de las tragedias personales o ideologías sociales, impuestas por la fuerza, la depresión o la manipulación, que sofocan la investigación y publicación libres de la verdad (*Diario* 87). Por tanto, Unamuno contesta a los que le aconsejan dejar la política:

Que hoy, en mi patria, se trata de luchar por la libertad de la verdad, que es la suprema justicia, por libertar la verdad de la peor de las dictaduras, de la que no dicta nada, de la peor de las tiranías, la de la estupidez y la impotencia, de la fuerza pura y sin dirección. (*Cómo se hace una novela* 24)

Al final de su vida escribe *San Manuel Bueno, mártir* (1931), donde tiene “la conciencia de haber puesto en ella todo mi sentimiento trágico de la vida cotidiana” (*Prólogo* 139). La fuerza de la religión consiste en ofrecer una respuesta sencilla al gran enigma de la muerte y a la necesidad existencial de creer en la inmortalidad de los nuestros. Por tanto, este misterio agónico de la muerte-inmortalidad es tanto el inicio de toda filosofía como el sentido profundo de la religión. La fuerza de esta novela se engrandece en el contexto histórico del anticlericalismo violento e intolerante durante la II República (*Delirium furibundum* 1130-31).⁷ Unamuno claramente respeta el derecho del pueblo a creer aunque él no crea. La religión del cura es “consolar a los demás” (*San Manuel* 165). Más aún, vive el “martirio” (165) de la contradicción aparente con el deseo anterior de Unamuno de siempre decir la verdad. Aquí, el cura agnóstico pastorea a su

parroquia creyente, solidario con sus sufrimientos y respetando su fe en la vida eterna. Esta vivencia religiosa está lejos de la cruzada carlista o fascista dizque a favor de la religión. La lucha que Unamuno mismo tenía con el problema de la muerte quizás le haya convencido de dejar a la gente en su fe sencilla y alegre. La libertad de conciencia se engrandece de frente a la tragedia de la muerte y fe en la misma.

Esta novela presenta tanto al cura como al pueblo con sus creencias contradictorias en cuanto a la inmortalidad, viviendo en paz y solidaridad. Hacia el final de su vida, Unamuno acaso nos dice que tal es la libertad de creer y proclamar lo que uno profesa verdadero y ético. Por tanto, vemos como con el paso de los años Unamuno ha desarrollado un proceso de búsqueda y tolerancia de la verdad propia y ajena. Él siempre ha sido crítico de autoridades religiosas y políticas. Ahora la autoridad eclesiástica, el cura, debe respetar la fe de su pueblo. En eso, podemos ver una actitud consistente de lucha por la verdad en la vida y la libertad, aún en el momento de morir.

Concluyendo, la libertad de conciencia frente a tragedias personales y sociales es para Unamuno una lucha constante por la verdad en libertad, desde la madrugada hasta el atardecer, como Job en la Biblia. Y, precisamente porque la vida o la muerte conllevan lo trágico y misterioso, “tanto los individuos como los pueblos de espíritu perezoso – [. . .] – propenden al dogmatismo [. . .]. La pereza espiritual huye de la posición crítica o escéptica” (*Mi religión* 389). Unamuno cree que el pueblo español ha caído en un dogmatismo religioso o político, con consecuencias fratricidas vistas al inicio y fin de su vida. Por eso, cree que su papel es el de un Sócrates, despertando a la gente “que vivan todos inquietos y anhelantes” (*Sentimiento trágico* 169), antes que sucumbir frente a las tragedias personales o sociales.

Y don Miguel se despide: “Y adiós, lector, y hasta más encontrarnos, y quiera El que te encuentres a ti mismo” (*San Manuel, Prólogo* 148).

NOTAS

¹ Para una discusión sobre los relatos del evento del 12 de octubre, 1936: Rojas, nota 40, 258-59. También González Egido 129-42; Portillo 397-403; Preston 216-18; Rojas 134-39; Rudd 296-301; Salcedo 470-74; Selser 108-12.

² El número se refiere a la enumeración en la edición de Senabre. Esta poesía tiene fecha del 25 de diciembre, 1936. Don Miguel murió el día 31.

³ Carta del 12 de diciembre, 1936.

⁴ Esta entrevista de R. Fajans tuvo lugar a mediados de noviembre, 1936.

⁵ “Y yo en mi hogar, hoy cárcel desdichos; sueño [. . .] en la suerte de España desastrosa; y en la guerra civil que ya en mi infancia [. . .].” En 1936, Unamuno primero apoyó a la sublevación fascista. Ve “Mensaje de la Universidad de Salamanca a las universidades y academias del mundo acerca de la guerra civil española,” descrita como defensa de “nuestra civilización cristiana de Occidente,” con fecha 20 de septiembre, en Salcedo, 466-68. Más tarde, el 1 de diciembre, escribe Unamuno “desgraciadamente no se está siempre empleando para ello métodos civilizados, ni occidentales ni menos cristianos” (*Epistolario inédito* 351).

⁶ Entrevista de Kazantzakes del 20 de octubre, 1936.

⁷ El mismo Unamuno que proclamó la República en Salamanca el 14 de abril de 1931, escribe en el año 34, “Y como, fuera de las mandingas constitucionales, no saliese nada, los delirantes furibundos de la revolución— [. . .] se entregaron, desatraillados a la descompostura de quemar iglesias y conventos indefensos.” Para la evolución de la posición de Unamuno durante la II República: Rojas, 11-32.

OBRAS CITADAS

- CANO, José Luis, “Unamuno y la guerra civil.” *Historia y poesía*. Barcelona: Antropos, 1992. 105-17.
- GONZÁLEZ EGIDO, L. *Agonizar en Salamanca, Unamuno (julio-diciembre 1936)*. Madrid: Alianza, 1986.
- GUTIÉRREZ, Jesús, “El tema de la guerra civil en Unamuno.” *La Chispa '87. Proc. of 8th Conference on Hispanic Languages and Literatures*. Tulane U, New Orleans: 1987. 139-49.
- KAZANTZAKIS, Nikos. *Spain*. Trans. Amy Mims. Berkeley: Creative, 1983.
- LITTLE, William. *The Velásquez Christ. Poem*. Lanham, MD: UP of America, 2002.
- PASCUAL MEZQUITA, Eduardo. *La política del último Unamuno*. Salamanca: Anthema, 2003.
- PORTILLO, Luis. “Unamuno’s Last Lectura.” *The Golden Horizon*. Ed. Cyril Connolly. New York: University, 1955. 397-403.
- PRESTON, Paul. *The Spanish Civil War. Reaction, Revolution, and Revenge*. New York: Norton, 2007.
- ROJAS, Carlos. *¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte! Salamanca 1936, Unamuno y Millán Astray frente a frente*. Barcelona: Planeta, 1995.
- RUDD, Margaret Thomas. *The Lone Heretic*. New York: Gordian, 1976.
- SALCEDO, Emilio: *Vida de Don Miguel, Un hombre en lucha en su leyenda*. 3ª ed. Salamanca: Anthema, 1998.

SELSER, Gregorio. "Unamuno y los militares, 'Venceréis pero no convenceréis.'" "

Cuadernos Americanos 6.257 (1984): 103-16.

SPAIN. *Encyclopædia Britannica Online*. 27 Apr. 2009 <<http://search.eb.com/eb/article-70437>>.

UNAMUNO Y JUGO, Miguel de. *Cómo se hace una novela*. Colección "Sepan

Cuantos." 384. México, D.F.: Porrúa, 2002. 1-40.

---. *San Manuel Bueno mártir*. Colección "Sepan Cuantos." 384. México, D.F.: Porrúa, 2002. 137-78.

---. *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*. Colección "Sepan Cuantos." 402. Ed. Ernst Robert Curtius. México, D.F.: Porrúa, 1999. 1-173.

---. *La agonía del cristianismo*. Ed. Ernst Robert Curtius. Colección "Sepan Cuantos." 402. México, D.F.: Porrúa, 1999. 175-240.

---. *Diario Intimo*. Madrid: Alianza, 1998.

---. *Recuerdos de niñez y mocedad*. Madrid: Alianza, 1998.

---. "El sepulcro de Don Quijote." *Vida de Don Quijote y Sancho*. Colección "Sepan Cuantos." 417. México, D.F.: Porrúa, 1996. 3-9.

---. "Cancionero." *Obras completas*. Tomo V. Ed. Ricardo Senabre. Madrid: Castro, 1995. 77-857.

---. *Paz en la guerra*. *Obras completas*. Tomo I. Ed. Ricardo Senabre. Madrid: Castro, 1995. 1-292.

---. *El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y guerra civil españolas*. Ed. Carlos Feal. Madrid: Alianza, 1991.

- - - . *Epistolario inédito*. Ed. Laureano Robles. Madrid: Espasa-Calpe, 1991.

- - - . “Mi religión.” *Ensayos*. Ed. Bernardo G. De Cándamo. 7ª Ed. Tomo 2.

Madrid: Aguilar, 1967. 369-75.

- - - . “Delirium furibundum.” *Obras completas*. Ed. Manuel García Blanco. Tomo

8. Madrid: Aguado, 1958. 1129-31. 27 de junio, 1934.

ZUBIZARRETA, Armando. *Tras las huellas de Unamuno*. Madrid: Taurus, 1960.